Alcaldía de Bogotá

por

G. Reyes

BIBLIOTECA NACIONAL
REPUBLICA DE COLOMBIA
BOGOTA

Cauge

ESTADO ACTUAL DE LA MUSICA EN BOGOTA.

ESTADO ACTUAL DE LA MUSICA EN BOGOTA.

Jamás se había visto tan abatido entre nosotros este arte civilizador. Sin retroceder á tiempos muy remotos, la antigua Colombia vió en su capital un grupo de profesores que sostenían con brillo el honor del arte, apenas incipiente, pero lleno yá de esperanzas lisonjeras para el porvenir. Los hermanos Velascos, los Hortúas, padre é hijos, los hermanos Cancinos, y otros amantes de la buena música, se reunían para practicarla y gozar de sus encantos. Don Juan Antonio Velasco, el padre y fundador de la música en Bogotá, tenía, por los años de 20 á 28, reuniones semanales en su casa, en que una orquesta exigua (pues no pasaba de unos quince instrumentos) ejecutaba las obras maestras de los grandes compositores clásicos, y en los conciertos que daba para obsequiar á Bolívar ó Santander se oían yá por primera vez las oberturas de *Tancredo*, la *Italiana en Argel*, *Gazza Ladra*, y otras que por los años

de 15 á 20 hacían el encanto del Antiguo Mundo, y revelaban el genio portentoso del joven Rossini, ídolo yá, á los diez y siete años de edad, del mundo artístico. A ese reducido círculo habían venido á asociarse, ocasionalmente, varios profesores ó aficionados venezolanos, que á la sazón militaban en los ejércitos de Colombia y por tal motivo se hallaban en la capital.

Por ese mismo tiempo el señor Nicolás Quevedo, uno de esos hijos de Venezuela—tierra favorita de Euterpe—dió grande impulso al arte, reuniendo á los varios aficionados que yá se habían formado en la antigua escuela. Entonces se oyeron en nuestros templos misas y otras composiciones sagradas no conocidas, y pudieron ejecutarse con más desahogo y mejores elementos algunas de las sinfonías de Beethoven. Más tarde su hijo Julio, hoy primera notabilidad artística en ciencia y buen gusto, ayudó á esta obra civilizadora, y al mismo tiempo que el inolvidable J. M. Ponce de León, en el género dramático, dotó Quevedo nuestro repertorio nacional en el género sagrado con obras que le harían honor en cualquiera parte.

Por los años de 45 el señor Enrique Price, artista extranjero notabilísimo, aprovechó los muchos elementos que yá teníamos, y en unión de otros nacionales y extranjeros fundó la *Sociedad Filarmónica*, que duró más de

doce años, y dió conciertos mensuales en que tomaba parte todo lo más granado de la alta sociedad femenil, ya en música vocal ó instrumental, y con una orquesta en que nunca se contaban menos de cincuenta ó sesenta ejecutantes. Entonces fué cuando conocimos el poder mágico que ejercen gran número de instrumentos de cuerdas que tocan unísonos sus respectivos papeles; y en esa proporción calculábamos el efecto que producirán las grandes orquestas europeas, compuestas de ciento, doscientos ó más ejecutantes, todos profesores.

Años despúes comenzaron á venir Compañías de Opera Italiana, que contribuyeron no poco á desarrollar el gusto; y podemos decir que, á juicio de Colombianos competentes, residentes en Europa, algunos de los cantantes que hemos oído en nuestro teatro no son muy inferiores á muchos de los que allá cantan, si se exceptúan las grandes notabilidades. Rosina, la Mazetti, la Daponte, la Fiorelini, la Benic, los tenores Rossi y Colucci, el barítono Petrilli, Mirándola—el incomparable Mirándola,—bájo de primera fuerza, han dejado recuerdos imperecederos en los anales de nuestre teatro, y contribuído insensiblemente á formar el buen criterio musical.

Recientemente el joven Jorge Price, heredero del entusiasmo y de las dotes musicales de su padre, logró, con no pocos esfuerzos,

formar un núcleo de aficionados, que con el tiempo había de tomar las proporciones de una academia. A fuerza de tenaz perseverancia, y favorecido por las generales simpatías de que goza, consiguió su objeto; y hoy sería esa Academia un verdadero Conservatorio, si las circunstancias difíciles en que se ha hallado el país hubiesen permitido al Gobierno proporcionarle los recursos necesarios, cosa imposible por ahora, no obstante la decidida voluntad de los miembros que lo componen.

Uno de los motivos más poderosos que han influído en la actual decadencia de este arte entre nosotros, es el carácter especial de nuestros músicos. Hay una lepra que se extiende sin cesar entre esta importante clase de la sociedad, y es, la rivalidad y desunión en que viven, y que los conducirá á ellos y al arte que profesan á su completa ruina. Sabido es que *la unión da fuerza*, y que *todo reino que se divide se destruye*. Tenemos algunos excelentes profesores y no pocos aficionados; pero en vez de unirse para formar una sola confraternidad, una sola familia, una liga, no ofensiva ni defensiva, sino liga y asociación de trabajo y de estudio, como sucede en todos los países civilizados, han pretendido formar una especie de *federación* ó *desfederación*, á manera de lo que sucedió en el orden político. Y en ese espejo deben mirarse; porque, si las nueve absurdas soberanías

en que, como las caperuzas de Sancho, se dividió la Nación, la iban conduciendo á la ruina y á la disolución, por la falta de unidad, esas mismas pequeñas soberanías musicales nos llevarán, no muy tarde, al raquitismo y á la imposibilidad de fundar nada en nuestra capital á este respecto.

Si, suponiendo que al fin tuviéramos un buen teatro, viniese una Compañía lírica bien organizada, ó siquiera una de Zarzuela, ¿qué sucedería? Que no habría orquesta para ayudarla, y que tendría que contentarse con un desmedrado cuarteto, ó acompañarse talvez con el piano, como sucede en otros lugares de la República. ¡Y esto en la capital de Colombia, que tiene cien mil habitantes!

No nos cansamos de admirar lo absurdo de esa división, y lo más absurdo todavía del artículo consignado, según dicen, en los estatutos de esas nuevas sociedades ó fracciones soberanas, que prohibe á sus miembros—parece que bajo pena de expulsión—tocar en ninguna parte, asociados con los de las otras.

Así, no es de extrañarse lo que estamos viendo hoy en las funciones religiosas: misas en esqueleto y de ordinario mal ejecutadas (salvo las de las grandes fiestas en que toman parte las señoras), porque, dicho sea entre paréntis, nuestros músicos, en lo general, no se creen obligados á estudiar ni á ensayar; orquestas en que campea una corneta-pistón—

el infalible, el eterno pistón,—que en ocasiones tiene que ejecutar, si puede, el obligado del primer violín; un clarinete; alguna viola vergonzante; un medroso *trombón*.... y todo acompañado por un armonio!

El papel forzado que se hace representar al instrumento impropiamente llamado *pistón*, revela ó ignorancia ó pésimo gusto. Por su naturaleza ruidosa y extraña á la familia de los instrumentos de cuerdas—que son los que constituyen la verdadera orquesta,—sólo lo emplean los compositores, y eso con sobriedad, en ciertos pasajes oportunos, así como los cornos y otros análogos, á manera de lo que sucede en la pintura con los golpes fuertes de luz y el uso de ciertos colores.

La necesidad del estudio, y sobre todo de las repeticiones ó ensayos en conjunto, es evidente. Aun suponiendo que cada músico sea un gran profesor para quien no hay dificultades en ningún papel, no es lo mismo tocar sólo que tocar acompañado de otros muchos. Para que se forme un todo armónico, para que haya unidad y uniformidad, y que la orquesta suene como un sólo instrumento, se necesita ponerse de acuerdo una y muchas veces, y someterse á un Director con ciega obediencia.

En esto no sucede lo que en las demás artes, porque el pintor, el escultor, el grabador, trabajan aisladamente, y si necesitan

auxiliares, es en operaciones puramente mecánicas y subalternas; pero la responsabilidad de una orquesta es solidaria, y todos deben contribuír en ella á la perfecta ejecución, cosa que no se logra sin repetidos ensayos. Nuestros músicos saben que en otros países hay óperas que se ensayan durante muchos meses seguidos.

Y yá que hablamos de funciones religiosas, vengamos á la música del templo. ¿Es la música sagrada, la música seria y solemne la que allí se ejecuta? Ah! ¡cuántas veces en las más solemnes festividades, en el acto de una comunión en que centenares de personas se acercan al Altar santo, se oyen resonar en el coro—siempre con el pistón—los dolorosos acentos de *Lucía* en su delirio, ó las profanas melodías de *Traviatta* en aquel *addio* que conmueve todas las fibras de las *dilettanti* del sexo piadoso, y las transporta de la reja del comulgatorio á las tablas del escenario, que tantos recuerdos han dejado en su sensible corazón!

Si se exceptúa la Catedral, donde el Maestro de Capilla *in nomine*, señor Santos Quijano, con su conocido buen gusto y grande habilidad ejecuta en el órgano, ó bien acompañado por unos pocos instrumentos, trozos escogidos de Mendelssohn, Mozart, Haydn, Schubert, etc., las demás iglesias son lugares de penitencia para los oídos delicados, y de profanaciones del lugar santo.

Cada cosa tiene su tiempo y lugar: la música de los salones y de los teatros no debe ser la música de los templos. Si nuestra autoridad en esta materia no es de gran peso, citaremos al acaso las de Feijoo, Juan Jacobo Rousseau, Fetis, Chorón, y otros tratadistas notables. El sabio benedictino condena la música figurada en el templo, y dice que los accidentes, las escalas cromáticas, las melodías afeminadas con sus cadencias y *fioriture* son absolutamente ajenas de la solemne gravedad de los lugares santos, y él no aceptaría más que el canto llano ó gregoriano, en que no hay nada de eso. Pero yá la Iglesia, madre de las bellas artes y autoridad única en materia de disciplina, ha permitido lo que se llama la música clásica, que, aunque figurada, es á propósito para elevar el alma y conmover santamente el corazón, sin profanizar los sentimientos, ni referirlos á las cosas mundanas.

J. J. Rousseau dice á este respecto: "En general, la música latina no tiene bastante gravedad para el uso á que se la destina. No debe buscarse en ella la imitación, como en la música de teatro: los cantos sagrados no deben representar el tumulto de las pasiones humanas, sino solamente la majestad de AQUÉL á quien se dirigen. Es preciso carecer, no diré de piedad, sino aun de todo gusto, para preferir en las iglesias la música al canto llano."

Esto mismo dicen todos los que han escrito sobre la materia; pero, si se quiere una autoridad más alta é inapelable, citaremos, nó una simple opinión, sino un mandato superior. En la *Gaceta Musical de Milán* hallamos lo siguiente, que trascribimos en extracto:

"REGLAMENTO PARA LA MÚSICA SAGRADA, *aprobado por Su Santidad León XIII*, y *emanado de la Sagrada Congregación de Ritos*, por circular del 24 de Septiembre de 1884.

Art. 1.° La música vocal figurada (1) que permite la Iglesia es únicamente aquella cuyos cantos graves y piadosos son apropiados para la Casa del Señor y para las divinas alabanzas, y sirven, en consonancia con las palabras sagradas, para excitar á los fieles á la devoción. Lo mismo debe entenderse de la música vocal cuando se acompaña con el órgano ó con otros instrumentos.

2.° La música figurada de órgano debe corresponder á la índole ligada, armónica y grave de dicho instrumento, y la instrumental ha de sostener decorosamente el canto, sin ahogarlo con estrépito, como lo exige la seriedad de la Sagrada Liturgia.

3.° Es severamente prohibida en la iglesia cualquier música compuesta sobre *motivos* (aires) ó reminiscencias teatrales ó profanas, y las piezas de formas ligeras y apasionadas, como son *cavatinas*, *cavaletas*, *recitativos etc.*, permitiéndose únicamente los *solos*, *duetos* y *tercetos*,

[*] Se llama música *figurada* aquella en que las notas tienen valores diferentes, según su diversa figura, y hay diversidad de accidentes y signos, lo que no sucede en la llamada *gregoriana* ó canto llano. N. T.

pero de carácter melódico sagrado, y haciendo parte del conjunto de la composición.

4.° Se prohibe severamente tocar en la iglesia cualquiera parte, ó reminiscencia, por pequeña que sea, de las óperas teatrales y piezas de baile, de cualquier género, como son: *polkas*, *valses*, *mazurcas*, *minuetos*, *rondós*, *shotises*, *varsovianas*, *cuadrillas*, *galopas*, *contradanzas*, y otras piezas de carácter profano, como *himnos nacionales*, *cantos populares*, *eróticos ó bufos*, *romanzas*, *etc.*

5.° Se prohiben igualmente los instrumentos musicales demasiado ruidosos, como *tambores*, *bombos*, *platillos* y otros semejantes, y también el *clavicordio*, ó sea *pianoforte*. Sin embargo, las *flautas*, *tímpanos* y otros instrumentos de análoga especie que estaban yá en uso en el pueblo de Israel para acompañar los cánticos y salmos, se permiten, con tal que se usen con pericia y moderación, especialmente cuando se canta el *Tantum ergo*, en la bendición del SANTÍSIMO SACRAMENTO.

6.° Es prohibido improvisar de *fantasía* en el órgano á cualquiera que no sepa hacerlo convenientemente, esto es, conociendo y respetando las reglas del arte, como también la piedad y recogimiento de los fieles.

7.° Sería de desearse que los Reverendísimos Ordinarios procurasen fundar—ó perfeccionar, donde yá lo estén—en los respectivos institutos eclesiásticos, principalmente en los Seminarios, las escuelas de música figurada, según los métodos más perfectos y acertados, para formar buenos cantores, organistas y maestros de Capilla."

.....

No dejaremos este asunto sin hablar de otra corruptela introducida de algunos años á esta parte, sin que pretendamos hacer cargos á nadie. En la gran solemnidad de Cuarenta Horas, así como en la del Jueves Santo, se acostumbra colocar en lugar repuesto y misterioso un piano, bueno ó malo, ó pésimo, y allí, entre bastidores, como quien dice, van entrando sin cesar las pianistas, que se relevan á manera de los serenos ó centinelas, y se sientan á lucir su habilidad. Esto dura todo el día, y por seis ú ocho buenas tocadoras que se oyen con gusto, viene un enjambre de aprendices que destrozan los oídos más antifilarmónicos. Puede ser que las personas que en aquellos días van al templo con verdadero espíritu de devoción y recogimiento, toleren una fantasía de Thalberg bien ejecutada, ó un nocturno de Chopin, interpretado con propiedad; pero esas *Traviattas*, esos *Trovadores*, esos valses, polkas y pasillos que no se tocan sino en los bailes de candil, sólo puede tolerarlos el corro de jóvenes que suele reunirse al rededor del piano, y que, con la boca abierta, aplaude en voz baja, sin saber lo que aplaude. ¿Es esto un obsequio, ó más bien, un insulto á la Majestad, en tan grandes días para el cristiano? Lo hemos dicho muchas veces, y lo repetiremos siempre: así como las cornetas son instrumentos militares, que están mejor en las plazas y cuar-

teles que en los templos, otro tanto sucede con el piano, prohibido en absoluto por la autoridad eclesiástica, como instrumento enteramente profano, y propio sólo de los salones y de las reuniones mundanas.

"El órgano—dice un escritor moderno—es, de todos los instrumentos inventados y combinados por el genio humano, el que produce más efecto sobre el espíritu y sobre el corazón. No hay quien pueda permanecer insensible á los torrentes de armonía que derrama, á los acentos majestuosos ó melancólicos de sus voces, á la sonora grandeza de su poderosa orquesta.

"Nada hay, en verdad, más bello. El órgano es necesario para las pompas religiosas, á cuyo esplendor concurre con sus incomparables melodías. No hay ceremonia sagrada en que no intervenga, y puede decirse que ninguna iglesia de la cristiandad está desprovista de él, por muy pobre que sea."

Este escritor habla sin duda del órgano genuino y verdadero, no de esos órganos que fabrican en Francia para los cafés, conjunto híbrido y monstruoso de órgano, pandereta, cascabeles y chirimías con que se embelesa el vulgo.

Pero, á falta de uno bueno, el armonio, que es un órgano abreviado, puede suplirlo, como que reúne muchas de sus condiciones, al tiempo mismo que es menos costoso y de más

fácil manejo y traslación. Si se quiere que en los monumentos del Jueves Santo haya música,—aunque no es necesaria, y, por el contrario, todo en ese día enmudece, hasta las campanas,—nuestro humilde parecer sería que se hiciese uso moderado de este instrumento, en vez del piano, y que el duelo de la Iglesia por el recuerdo de la Pasión del Salvador, no se manifestase con pasillos y bambucos, sino con armonías llenas de gravedad y sentimiento.

Pasemos á otro capítulo: la música militar. ¿Qué es hoy ésta en Bogotá? No quisiéramos decirlo por no ofender susceptibilidades de personas que hacen tal vez más de lo que pueden. Cuando recordamos lo que era la banda de las Milicias, la de Artillería y la del batallón *Vargas*, venido del Perú en 1826 ó 27, nos da tristeza ver y oír nuestras actuales bandas. Sin tanto ruido ni aparato de instrumentos de cobre, ordinarios y siempre desafinados, aquellas bandas tocaban con conciencia. Entonces se oían marchas verdaderamente militares, pasos dobles, cuyo ritmo es el más á propósito para marchar; contradanzas y otros aires análogos, ejecutado todo con gusto y exactitud y con la debida oportunidad, según la ocasión. Hoy se marcha de prisa, al compás de polkas y pasillos, género en que la afeminación y frivolidad no dicen bien con el carácter marcial de la milicia.

El redoblante, que debe ser una caja sorda, cuya vibración profunda y mesurada da cierto tono á todo el conjunto, es hoy un verdadero pandero, no más grande que un cedazo común, cuya vibración estridente ahoga á los demás instrumentos. Otro tanto puede decirse del bombo, que, no siendo hoy más grueso que una caja ordinaria de guerra, suena como una mampara, y con tan fuertes y repetidos golpes, que da á toda la banda el carácter de una *fanfara*, como dicen los Italianos. Esta crítica no alcanza á ningún individuo en particular: la imperfección de nuestra actual música militar es obra del espíritu de los tiempos que corren, en que todo se adultera. Sabemos que en las bandas hay buenos músicos y buenos directores; pero ellos no pueden remediar lo malo de los instrumentos, ni modificar el gusto reinante.

Parece que en las retretas se tocan algunas piezas, generalmente tomadas de las óperas, bastante bien ejecutadas, pero de ordinario mal dispuestas, porque, según se nos informa, esas piezas son arregladas en Francia, y sabido es que este país no es el que más se distingue por el mejor gusto musical. Y esta opinión,—digámoslo de paso,—no es nuéstra: es de un eminente escritor francés, M. Fetís, autoridad inapelable en materia de crítica musical. "Las disposiciones naturales—dice—de la Nación Francesa, no son favorables á la música; el estado floreciente en que en ella se halla este arte, es más bien fruto de la educación que del genio." Y, en efecto, compárese el número de los grandes compositores que ha producido la Francia, con el que han dado otros países, y se verá la grande inferioridad de ésta.

Hemos asistido á entierros de militares, y de personajes de elevada categoría, en que se ha acompañado el cadáver al cementerio tocando una polka ó un pasillo. ¿No estamos, pues, en la época de la decadencia y perversión del gusto?

Y puesto que éste es el tema de las presentes líneas, permítasenos introducirnos en las casas particulares, para hablar de la música *doméstica* ó privada, si así puede decirse. No peligra la verdad al asegurar que rara es la casa de Bogotá en que no haya un piano. Un afinador y componedor de estos instrumentos, el señor Juan de la Hortúa, que conocía todos los que había en esta ciudad allá por los años de 50, tuvo la curiosidad de hacer un censo exacto de ellos, el que dió por resultado la enorme cifra de casi dos mil. De entonces para acá no es exagerado decir que se han introducido otros tantos, ya por casas de comercio, ya para el uso de particulares, que es lo más común. Y aunque es verdad que algunos se venden para fuera, este número es comparativamente insignificante. El

hecho es que por cualquiera calle de esta ciudad, aun de las más excusadas, por donde uno pase, oye tocar un piano, siquiera sea haciendo escalas. Así lo confirma el Ministro Argentino, señor Cané, en su libro de viajes, al hablar del *eterno piano* que por todas partes se oye en Bogotá y se ve en el camino de Honda. Permítasenos reproducir las palabras de este viajero que, si no es el más indulgente, respecto de nuestro país, por lo menos es el que más se acerca á la verdad, contra la costumbre casi general de los tales:

"Íbamos encontrando—dice—á cada paso caravanas de indios portadores, conduciendo el eterno piano. Rara es la casa de Bogotá que no lo tiene, aun las más humildes. Las familias hacen sacrificios de todo género para comprar el instrumento, que les cuesta tres veces más que en toda otra parte del mundo."

Y así es la verdad: se gasta una fuerte suma en hacer venir de Europa ó los Estados Unidos un piano—muchos de primera calidad,—que, á manera de un titán, viene escalando el cielo por las montañas de los Andes, para que aprendan los que en la casa se hallan en estado de aprender, lo cual no ha dejado de hacer competencia á cierta clase de músicos que en otros tiempos eran llamados á tocar en las tertulias caseras, pues hoy basta un piano y un tocador ó tocadora para pasar el rato hasta las cinco de la mañana.

¿Pero tal abundancia de pianos en qué ha venido á parar? Hay una docena de señoritas que aman de veras la buena música, la conocen, la interpretan, están familiarizadas con la estética del arte, juzgan, aplican un recto criterio, y se embelesan tocando con alguna amiga una sinfonía á cuatro manos, ó se encierran para deleitarse á solas con las sonatas de Mozart ó Beethoven. Aun Wagner mismo está ya metiendo la punta del rabo entre las teclas y tentando á las muchachas, amigas de lo desconocido y de lo maravilloso.

Hay otra gran falange que se queda en la región inferior de las *reveries*, los *nocturnos*, y aun de los temas con variaciones, proscritos yá por entero de los dominios del buen gusto, como lo están de la poesía los acrósticos, las glosas y los ovillejos.

Luégo vienen las muchedumbres de polkistas, valsistas, pasillistas y bambuquistas, turbas angelicales, llenas de ilusiones, que nunca salen de la clase de *cachifa*, ni quieren aprender más que los nominativos. Estas criaturas comienzan con mucha formalidad. Sus padres les ponen un maestro que gana uno ó dos fuertes por cada lección. Comienzan á aprender su teoría y á tocar escalas y ejercicios; pero á los dos ó tres meses, cansadas de mover los dedos inútilmente, dicen al maestro en tono suplicatorio:—"póngame una piececita que suene sabroso, aunque sea un val-

secito." El padre ó la madre—*amantes de la música*—vienen á hacer tercería, en apoyo de tan justa petición, si no con la autoridad de padres que pagan su dinero, á lo menos en tono de *empeño*, tan necesario para todo entre nosotros. Si el maestro conoce su deber y resiste, reclamando sus derechos dictatoriales de profesor, la muchacha se salva aunque rabie, pero de lo contrario, se pasma, como los higos cuando cae una helada. Se despide al maestro con cualquier pretexto, y la niña se ingenia con alguna amiga para que la provea de un regular caudal de pasillos y danzas cubanas, que aprende al oído con una facilidad prodigiosa, y que son suficientes para divertirse y bailar todo el año, que es lo que se desea alcanzar.

Unanse á los seiscientos, ú ochocientos ó mil pesos que cuesta un piano, los intereses que ganaría esta suma en un lapso de tiempo dado, más los honorarios del profesor, las varias composiciones y afinaciones que habrá que hacer al instrumento, y dígase si para divertirse algunos ratos y fastidiar á los vecinos, vale la pena de emplear un capital no despreciable. Esto nos recuerda el pito de Franklin, que tan caro le costó.

¿Y qué diremos de nuestros apuestos jóvenes, tan gallardos y dotados de bellas disposiciones para todo, pero tan perezosos y tan frívolos? La mayor parte de ellos—perdónennos sus mercedes,—extraños á las artes de recreo y á los inocentes goces de la culta sociedad, se diría que no conciben cómo en una hoja de papel, llena de signos cabalísticos, puede encerrarse un mundo entero de fruiciones desconocidas. Es necesario, sin embargo, hacer algunas honrosas excepciones de predestinados ó *escogidos*,—entre la turba de los *llamados*,—que se dedican seriamente á estudiar la música, y sobre todo la buena música; pero la proporción es más pequeña de lo que nuestra yá muy adelantada cultura exige y que las necesidades de nuestra buena sociedad demandan.

Es cierto que en nuestro país hay mucha afición á la música, y grandes disposiciones, y que, en lo que va de este siglo, que es casi todo, se han hecho algunos adelantamientos; pero es indudable que hoy por hoy vamos retrocediendo; á lo menos estos progresos son poca cosa entre el sexo fuerte—que en esta materia es el más débil. Hace sesenta años que el coronel Austria, el comandante polaco Rolla, el Duque de Montebello, y otros insignes aficionados que residían en Bogotá, preguntaban si habría alguna señorita que les acompañase á tocar un dúo de piano y violín—siquiera fuese sencillo,—y no había quien contestase, ni aun pidiendo plazo de dos semanas. Hoy las tendrían á escoger, y á pedir de boca. Pero aún es pobre la cosecha: no

estamos á la altura á que deberíamos estar en el arte; sin que nos sirvan de excusa las vicisitudes crónicas de la guerra, porque lo cierto es que Paganini, cuando entró á la cárcel, era un simple "rasca-tripas,"—como el violinista de *La Gallina ciega*, y salió convertido en un prodigio que asombró al mundo. Ya se ve! no tenía otra cosa qué hacer...

Este es, á grandes rasgos, el estado actual de la música en Bogotá. El cuadro es triste, y alguno podrá decir que la crítica amarga- pero no podrá negar que es la verdad, ni sos, tener que en ella haya exageración.

En nuestra calidad de apasionados admiradores y amantes de las artes, y de amigos de todos los artistas, sin excepción, hemos escrito lo que antecede. Estos últimos saben muy bien—porque nos conocen demasiado—que ningún interés bastardo, ninguna mala voluntad, ningún motivo personal nos han movido á ello. Nuestro entusiasmo por esta dulce amiga del hombre, así en la dicha como en las horas de pena y desconsuelo, ha rayado casi en la impertinencia. Por eso, muchos años hace que, en la medida de nuestras escasas fuerzas, aunque sin más títulos que nuestra afición, venimos trabajando desinteresadamente por su mejoramiento y progreso. Nuestro lenguaje en esta ocasión tal vez será duro, pero á lo menos es ingenuo, y se emplea en obsequio de nuestro país, del arte en general, y de los artistas mismos.

Imparciales en absoluto, como somos, sólo deseamos que la música sea en nuestra Patria lo que debe ser, y lo que es en todos los países civilizados: una profesión noble, honrosa y meritoria, y nó un simple oficio mecánico ó un frívolo pasatiempo.

José Caicedo R.

(De *El Semanario* de Bogotá, números 5 y 6).

Helguera Collection

PAMPHLETS

Number: P- 0914

Author: Caicedo R[ojas]. , José

Title: Estado actual de la Música en Bogota.

Place of Publication: [Bogotá]

Publisher: El Seminario

Date: 1885

Dimensions: 15 2/10 x 10 8/10 cms; 3-23pp.

Condition: Wrappers ink-stained, but interior is good.

General Notes: An eloquent defense of music as a part of Bogota's cultural values.